



QUIEN CON FUEGO JUEGA...

Ahorrar en cultura y personal, desviando estas partidas a otros capítulos, junto a brillantes ideas políticas, puede convertirse en un combinado peligroso y tener serias consecuencias: que lo barato sale caro y que quien con fuego juega, se quema.

En esta nueva entrega, nuestra bibliotecaria más peculiar, la Señora Súper, se ve envuelta en otra historia rocambolesca y tragicómica: particulares ¿trabajadores?, fallas, petardos, artistas... y un cuerpo de bomberos que quita el “sentío”.



Querid@s compañer@s del metal, del vil metal. Sigo firme y decidida en mi propósito de bajar de peso, por aquello de lucir tipo este verano. Y, ya de paso, para ver si aumenta el número de miembros de mi club de “bibliofans” que, últimamente, está rozando el menos uno. Espero que tanto sacrificio tenga su reconocimiento, que estoy pasando mucho apetito. Pero, a pesar de todo, no me quejo, eh. Que, al fin y al cabo, lo mío es elegido (yo tengo mis razones: de supervivencia estética, renovarme o morir). Sin embargo, ahí está mi pobre compañero: a plan, ¡y menudo plan! ... que lo suyo no es por razones estéticas precisamente. Está pasando hambre porque le han puesto de patitas en la calle y sin venir a CUENTO (¡el colmo de un bibliotecario!). Aunque el cuento está muy claro: razones económicas. Que *en saliendo por la puerta él*, con veinte años de interinidad y experiencia, entraba otro con veinte también, pero no de profesión sino de juventud e inexperiencia. Eso sí, el conserje y el vigilante de seguridad ahí siguen, que se han hecho fuertes, convenio en mano. Y como son los únicos fijos, no se les puede ni toser.

“El Concejal de Cultura, Festejos y Tiempo Libre, para sufragar el presupuesto destinado a las fiestas de nuestra patrona, ahorra en la partida de personal, firmando un convenio con varias universidades de índole nacional e internacional para que sus estudiantes Séneca y Erasmus, respectivamente, colaboren con el Consistorio”—rezaba el periódico local ayer.

¡Caray, qué “ideota”! (de idea y de idiota). Ahorrar en cultura y gastar en fiestas. Claro, como la casta políticos apenas tiene estudios, tienen muy sobrevalorados a los que sí los tienen. ¿Y para qué quedarnos en territorio español, con lo grande que es Europa? Sólo falta que además de bibliotecari@ en prácticas nos llegue alguien hablando griego, turco o, simplemente, inglés. Venga, Súper, no te preocupes, tómate una “relaxing cup of café con leche” y a seguir trabajando.

- “¡Bona tarda!”— le dice un joven al conserje, que está medio recostado y lleva sobre el pecho un cartel que dice “no molestar: princesa duerme”.
- “¡Ssssh!”— le chista el vigilante de seguridad. “¿No ves que está dormido, hombre? Ven en un rato largo que es su hora de la siesta”.
- “Pregunto por la Señora Súper” —le insiste el joven.
- “¡Joe, qué pesado el tío! Aquí no hay quien se eche una cabezadita tranquilo” —contesta el conserje, enojado y entre bostezos.
- “¿Qué quieres, chaval?”—le pregunta el vigilante.
- “Soy el becario” —contesta mientras se señala una chapa con una L de limitado.

- “¡Ya era hora, hijo! Venga, coge el carro de libros, llévalos al depósito, tráenos dos cafés y algunas revistas” –le indica el conserje con aires de prepotencia mientras no doy crédito a lo que estoy viendo.

La amenaza ya es una realidad: chico nuevo en la oficina. Y dando gracias estoy porque el chico no es turco. Claro que, pensándolo con detenimiento, igual hasta no me hubiera importado. Y no por aprender turco sino por aquello de la pasión, más ahora que es primavera, que la sangre se altera y que mi espeso no me hace ni caso. ¿Te imaginas, Súper, viviendo la pasión turca, en plena madurez? Contaré tres y despertarás: ¡Uno, dos, tres! Aún estoy tratando de discernir si el muchacho es catalán o valenciano cuando veo que ya ha colocado todos los libros del carro, ha buscado las revistas y ha servido los cafés a los sindicalistas y me ha invitado a otro a mí, ¡qué majo! Parece que voy a tener suerte con él.

- “¿De dónde eres tú?” –le pregunto para hacerme la simpática.
- “De la república independiente de mi casa” –me dice entre carcajadas. “Y usted es de aquí del pueblo, ¿no, Señora Súper?” –me pregunta por no decirme que tengo cara de paleta y que soy una ignorante.

Me callo para tener la fiesta en paz.

Pasan los días y, viendo que la estancia del estudiante se prolonga, que mi antiguo compañero está cada vez más flaco, que esto es pan para hoy y hambre para mañana, y que no se desata la pasión turca, ni la catalana, ni la valenciana (lo único que me podría haber salvado), le escribo al concejal explicándole que si no CUENTO con los conserjes por unos motivos, y no CUENTO con el auxiliar por otros, ya lo único que me falta es no contar con cuentos. Y que si él no le echa cuenta, yo le CUENTO todo esto: que la situación en la biblioteca se hace insostenible. Y que, si bien no tengo inconveniente en dirigir a un estudiante en prácticas, la biblioteca, los usuarios y yo, necesitamos CONTAR, además, con un auxiliar profesional. A lo que me contesta, rápida, contundentemente y sin vergüenza torera, que si queremos (en plural) traer a la Pantoja en fiestas -que ahora se cotiza al alza- de algún sitio tiene que sacar el dinero. Y que, además, estos estudiantes son savia nueva, energía renovada y vitalidad, que van a aportar un aire fresco y limpio a los que somos de la vieja escuela. ¡Hala, ya me ha llamado vieja! ¡Y ya estamos perdidos! ... entre el gafe de la susodicha y la savia de la juventud... esto podría acabar en cóctel molotov. Pero como yo aprendí que de la debilidad o amenaza hay que sacar la oportunidad, aquí estoy, trabajando, aguantando y esperando, paciente, llegue la oportunidad.

Suena el teléfono. Lo cojo yo porque el conserje y el



camarada están con sus quehaceres (después de la siesta, carajillo y dominó):

- “Biblioteca, bons dies” (ya se me ha pegado el valencià).
- “¡Pásame con el xiquet!” –me dice el Concejal, sin saludarme.
- “¡Xiquet, el jefe!” –le digo.
- “¡Dígame, jefe!” –le dice el xiquet.

Hablan largo y tendido. No termino de entender muy bien de qué. Pero para mí que están conspirando a mis espaldas y que el xiquet éste me va a echar la pata.

- ¿Qué, que se te acaba el contrato ya? –le digo, tratando de sacarle verdad de mentira.

- ¡Qué va! El jefe, que como usted es de la vieja escuela, sus ideas están muy manidas y yo vengo de fuera... (¡Pues ni que viniera de Harvard!).

No me echo las manos a la cabeza (ni sobre él) porque las tengo ocupadas sosteniendo una pila de libros.

- ¿Y? –le pregunto seca y escuetamente, esperándome lo peor o un milagro del Señor.
- ¡Las fallas! Le he dicho que las fallas no fallan (jajaja), que se inspire en ellas. Y le ha encantado la idea. Además, aprovechando que soy hijo de pirotécnico, dice que este año los fuegos artificiales los lanzo yo y otra partida que se ahorra. Y que la cremá va a servir de improvisadas brasas para ofrecer chorizos parrilleros al público presente.

Me ha entrado tal flojera, que la pila de libros que llevaba entre mis manos se me ha caído al suelo. Respiro profundo y me santiguo. Dios proveerá (y los políticos).

El Ayuntamiento lleva días convocando a los ciudadanos para que vengan a la biblioteca a conocer las instalaciones, a documentarse en los libros y a inspirarse en las lecturas, los personajes literarios o en nosotros mismos. ¡Siempre dando ideas! ¡La bibliotecaria hecha ninot! Se van a cebar conmigo y luego me van a quemar. En fin, más quemada de lo que estoy, es imposible.

*Venga, Súper, no te preocupes,
tómame una “relaxing cup of
café con leche” y a seguir
trabajando.*

Bueno, ha llegado el gran día: el pueblo está en fallas. Y yo on fire. Antes de esperar a levantarme con la despertá, he tomado la delantera, caja de petardos en mano, y me he colocado en situación estratégica frente a la casa del señor Concejal para que él también disfrute de las fiestas. Después de comer, me he vuelto con otra cajita, por si se echaba la siesta. Y ya a última hora de la tarde, me he venido a la biblioteca que, aunque es sábado, hoy abriremos hasta la madrugada para que la Pantoja pueda cambiarse a sus anchas los trajes de folclórica. Ya veis, cuando no somos biblioteca somos camerino. Desde el ventanal veo los ninots. Ha habido mucha participación aunque, la verdad, nadie se ha inspirado en la literatura. Y yo, por el momento, sigo trabajando sin ver la oportunidad de la amenaza. La que sí la ha visto con claridad meridiana ha sido la



mujer del Alcalde que, además de valenciana, tiene una librería-papelería (la que surte al Ayuntamiento) y, rápidamente, ha montado varios grupos de manualidades. Y como es republicana, ideas no le han faltado: Urdangarín bailando el Rock de la cárcel; la infanta Elena leyendo *Cómo ser mujer y no morir en el intento*; etc. Pero lo que más me ha gustado ha sido ver mi representación: una bailarina alta, bien parecida, de fina estampa y cogida de la mano de un príncipe que sostenía en su mano la Ley de Igualdad de Derechos. Aunque el conserje ya se ha encargado de aclararme que no soy yo, sino Bárbara Rey. Yo también he hecho mi aportación: el Concejal firmando pero en cuclillas, tipo caganer (de momento no se ha dado por aludido). Esta noche los ninots convivirán entre nosotros y mañana arderán en la fiesta grande.

Son las doce de la noche cuando el xiquet lanza los cohetes artificiales. Cuatro fuegos dibujan de espectaculares estrellas fugaces un cielo oscuro mientras que el quinto y último se resiste a ser lanzado. Seguidamente, la Pantoja aparece en el escenario con una espectacular bata de cola, cantando *Marinero de luces* cuando, de pronto, el cohete rezagado (el quinto) sale despedido y, atravesando los ninots, ensarta el del Concejal justo por donde la espalda

pierde su bello nombre, haciendo de la famosa rima una realidad. Se marca varios *loopings* por el cielo y, finalmente, irrumpe incandescente en el escenario, aterrizando sobre las puntillas y encajes de la bata de cola. La tonadillera no se percata de lo acaecido y se dirige hacia la biblioteca para cambiarse de traje.

Viendo que mis libros van a acabar quemados como los de caballería de *El Quijote*, grito a mis compañeros que cierran la puerta, aun a riesgo de que se quemé a lo Bonzo. Pero el vigilante sale por patillas, como cada vez que hay que apagar un fuego, y nunca mejor dicho, y el conserje dice que sin plus de peligrosidad no trabaja. El gafe, es decir la Pantoja, ya está dentro de la biblioteca. Llamo a los bomberos y, entre tanto, cojo el extintor que, igual que la política, no funciona. Y mientras, la Pantoja, que ve cómo las llamas la van envolviendo, mueve la cola de un lado a otro, prendiendo fuego a diestra y siniestra. Y siniestra, cada vez más, se torna la situación, hasta que ha aparecido el cuerpo de bomberos. ¡Y qué cuerpo!, ¡qué uniformes!, ¡qué músculos!, ¡y qué mangueras! Me ha entrado tal sofoco que, para apagarlo, me he situado frente al bombero que la tenía más grande (la manguera) y he abierto los brazos y dejado que me rociara de agua. Me he sentido como Carmen Maura en la peli de Almodóvar. La Pantoja, viendo mi goce, se ha entregado con la misma pasión al chorro de la manguera.

Pero lo que más me ha gustado ha sido ver mi representación: una bailarina alta, bien parecida, de fina estampa y cogida de la mano de un príncipe que sostenía en su mano la Ley de Igualdad de Derechos.

Ahora, con el pelo y la ropa empapados, me he acercado a la plaza, donde todos, incluido el Concejal, están bailando *Paquito el Chocolatero*. Le iba a decir que estamos *on fire*, que quien con fuego juega, se



quemar, y que lo barato sale caro. Pero he optado por darle las buenas noches y perderme entre el bullicio de la gente para, después, explotarle el último petardo, no en sus narices sino en la retaguardia, confiando en poder pronunciar la rima del cinco.

Hoy, un día después, los periódicos rezan: *El Concejal de Cultura, Festejos y Tiempo Libre, se recupera de una operación in extremis, tras sufrir un aparatoso incidente en la zona del coxis. El autor se dio a la fuga. Y, según declaraciones del edil, no se descarta que haya sido un acto yihadista.*

Por cierto, la prensa del corazón no se ha hecho eco del suceso de la Pantoja en la biblioteca. Sólo ella, el cuerpo de bomberos, los libros como testigos y yo, sabemos lo que vivimos, y con qué pasión, allí dentro. ▀